

DONNA LEON

Restos mortales

Quien destruye la naturaleza se destruye a sí mismo



Seix Barral



Seix Barral Biblioteca Formentor

Donna Leon

Restos mortales

Traducción del inglés por
Maia Figueroa Evans

Título original: *Earthly Remains*

© 2017 by Donna Leon and Diogenes Verlag AG Zürich
© por la traducción, Maia Figueroa Evans, 2017
© Editorial Planeta, S. A., 2017
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.seix-barral.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: marzo de 2017

ISBN: 978-84-322-3221-3

Depósito legal: B. 4.062-2017

Composición: Gama, S. L.

Impresión y encuadernación: Cayfosa, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Tras el intercambio habitual de fórmulas de cortesía, la sesión se había alargado media hora más y Brunetti empezaba a sufrir las consecuencias. Le habían pedido al hombre que tenían delante —un abogado de cuarenta y dos años cuyo padre era uno de los notarios de mayor éxito y, por consiguiente, con más poder de toda la ciudad— que acudiese esa mañana a la *questura* porque dos personas distintas lo habían nombrado como el individuo que dos días antes le había ofrecido unas pastillas a una chica en una fiesta que se había celebrado en un domicilio particular.

La joven se las había tomado con un zumo de naranja que, según la información que había recibido la policía, también le había dado el mismo hombre. Un rato después se había desmayado y la habían llevado a urgencias del Ospedale Civile, donde había quedado ingresada con pronóstico reservado.

Antonio Ruggieri había llegado puntual a las diez y, como muestra de su fe en las capacidades y probidad de la policía, no se había molestado en llevar consigo a otro abogado. Tampoco se había quejado del calor que hacía en aquella sala de ventana única, aunque había posado la

mirada un instante en el ventilador de la esquina, que hacía lo que podía —si bien en vano— por contrarrestar el bochorno agobiante del mes de julio más caluroso del que se tenía constancia.

Brunetti se había disculpado por la temperatura y le había explicado que la duración de la ola de calor había obligado a la *questura* a plantearse si destinar sus pobres recursos energéticos a los ordenadores o a encender el aire acondicionado, y se habían decantado por la primera opción. Ruggieri había sido cortés y se había limitado a preguntar si podía quitarse la chaqueta.

Brunetti, que aún llevaba la suya, había empezado dejando del todo claro que se trataba de una conversación informal a fin de que les proporcionara información que los pusiera en antecedentes sobre lo ocurrido en la fiesta.

Al abogado no se le escapaba la admiración mal disimulada que el torpe *commissario* tenía por la posición social de la familia Ruggieri, por los famosos de la ciudad que eran sus clientes y por los círculos adinerados en los que el abogado se movía con facilidad y por derecho propio, y no tardó en permitirse tratarlo con condescendencia pese a ser más joven que él.

Puesto que el agente que estaba sentado junto al *commissario* iba vestido de uniforme, Ruggieri no le prestó atención. No obstante, mantuvo la antena activada para asegurarse de que el joven respondía adecuadamente a la conversación de sus mayores y mejores. Pero tan pronto como dejó de reaccionar como correspondía a su modesta superioridad, el abogado abandonó el uso del plural al dirigirse a los dos hombres que tenía delante.

—Como le decía, *commissario* —continuó Ruggieri—, era la fiesta de cumpleaños de un amigo. Nos conocemos desde la escuela.

—¿Conocía usted a muchos de los invitados? —preguntó Brunetti.

—A casi todos: la mayoría somos amigos desde la infancia.

—¿Y a la chica no? —preguntó Brunetti mostrando una leve confusión.

—Ella debió de llegar con alguno de los asistentes. Si no, no podría haber entrado. Siempre hay alguno de nosotros con un ojo puesto en la puerta, por si acaso —añadió entonces para mostrarle de qué modo protegían su intimidad él y sus amigos—. Así vemos quién llega.

—Claro —respondió el *commissario*, y asintió para expresar su aprobación. En respuesta a la mirada de Ruggieri, afirmó—: Siempre está bien tomar precauciones.

Alargó el brazo para acercarle un poco el micrófono.

—Si no le importa que se lo pregunte, ¿tiene alguna idea de con quién pudo ir?

Ruggieri tardó un momento en contestar.

—No. No la vi hablando con nadie que yo conociese.

—¿Y cómo empezó usted a hablar con ella? —quiso saber Brunetti.

—Bueno, ya sabe cómo son estas cosas —explicó Ruggieri—. Había mucha gente bailando o por ahí, de pie. Yo estaba solo, mirando a los que bailaban, y de repente se me acercó y me preguntó cómo me llamaba.

—¿Y no la conocía de antes? —preguntó Brunetti con su mejor tono confundido y chapado a la antigua.

—No —respondió Ruggieri con énfasis—. Además, me tuteó.

Brunetti negó con la cabeza con aparente desaprobación.

—¿De qué hablaron? —le preguntó.

—Me dijo que no conocía a mucha gente y que no sabía cómo conseguir una copa —contestó Ruggieri.

Al ver que Brunetti no hacía ningún comentario, continuó:

—Por eso le pregunté si quería que le trajese algo. Al fin y al cabo, ¿qué, si no, hace un caballero?

Brunetti guardó silencio.

—No me pareció cortés preguntarle por qué no conocía a nadie —se apresuró a añadir Ruggieri—. Pero admito que se me pasó por la cabeza.

—Claro —asintió Brunetti, como si fuese una situación en la que él mismo se hallara a menudo.

Se mostró atento y esperó.

—Quería vodka con zumo de naranja, y le pregunté si tenía edad suficiente para beber.

Brunetti esbozó una sonrisa.

—Y ella contestó...

—Que tenía dieciocho años y que, si yo no me lo creía, iría a buscar a alguien que sí se lo creyese.

Imitando una expresión que le había visto a menudo a su tía abuela Anna, Brunetti frunció los labios en un mohín contrariado. A su lado, Pucetti se revolvió en el asiento.

—Una respuesta un tanto descarada —repuso el *commissario* con actitud remilgada.

Ruggieri se pasó una mano por el oscuro cabello y se encogió de hombros con aire cansado.

—Me fastidia, pero hoy en día son así. Que tengan edad de votar y de beber no significa que sepan comportarse.

A Brunetti le pareció interesante que Ruggieri mencionase de nuevo la edad de la chica.

—*Avvocato* —empezó con un tono que daba a entender que era reacio a lo que estaba a punto de decir—, el motivo por el que hoy le he pedido que venga a hablar con nosotros es que nos han dicho que usted le dio unas pastillas.

—¿Disculpe? —preguntó Ruggieri con evidente confusión. Entonces le dedicó una sonrisa relajada y añadió—: De mí se han dicho muchas cosas.

Brunetti le devolvió una sonrisa nerviosa y continuó:

—Estoy seguro de que habrá leído que tuvieron que llevarla al hospital. Los *carabinieri* interrogaron a una serie de personas y éstas les dijeron que usted había estado hablando con una chica que llevaba un vestido verde.

—¿Quiénes? —preguntó Ruggieri en tono brusco.

Brunetti alzó ambas manos en un gesto que denotaba debilidad.

—Siento no poder decírselo, *avvocato*.

—O sea, que los demás son libres de mentir sobre mí y yo no puedo siquiera defenderme.

—Estoy seguro de que tendrá la oportunidad de hacerlo, *signore* —respondió Brunetti, y dejó que el abogado tratase de averiguar cuándo.

—¿Qué más dijeron? —preguntó Ruggieri sin hacer caso de la contestación del *commissario*.

Éste cruzó las piernas y cambió de postura.

—Eso tampoco puedo decírselo, *signore*.

Ruggieri apartó la vista y observó la pared, como si detrás hubiera una persona escondida.

—Espero que también hayan dicho algo de la chica.

—¿Como qué?

—Pues que no podía quitármela de encima —contestó Ruggieri con rabia.

Era la primera emoción fuerte que mostraba desde que había entrado en la sala.

—Bueno, sí, alguien comentó que su comportamiento era, digamos, directo —respondió Brunetti como si la última palabra se le hubiese atascado en la garganta.

—Con eso se queda corto —repuso Ruggieri, e irguió

la espalda—. Después de que le llevase la bebida, se me echó encima. Entonces empezó a moverse al ritmo de la música, frotándose contra mi pierna. El vaso estaba frío, por los cubitos de hielo, y se lo puso entre los pechos. Casi se le salían del vestido.

Ruggieri parecía indignado ante la desvergüenza de la juventud.

—Ya veo —dijo el comisario.

Era consciente de que, a su lado, Pucetti estaba cada vez más tenso. No hacía mucho que el joven policía había interrogado a un chico acusado de emplear la violencia contra su novia, aunque el informe que había presentado era de una neutralidad muy profesional.

—¿Y le decía algo a usted, *signore*?

Ruggieri lo pensó y fue a contestar, pero se detuvo y, al cabo de poco, continuó:

—Me dijo que tenía mucho calor. Y que era por mi culpa. —Hizo una pausa para que los hombres comprendiesen—. Entonces me preguntó si había algún sitio adonde pudiésemos ir los dos solos.

—¡Santo Dios! —exclamó Brunetti con asombro—. ¿Qué le contestó usted?

—La chica no me interesaba. Eso es lo que le respondí. No me gusta que sean tan fáciles.

Al ver que el *commissario* asentía con la cabeza, el abogado prosiguió.

—Y, digan lo que digan, yo no sé nada de esas pastillas.

—¿La chica con la que usted habló llevaba un vestido verde? —preguntó Brunetti.

Al final, el abogado le ofreció una sonrisa traviesa.

—Es posible. Yo estaba mirándole las tetas, no el vestido.

Brunetti notó la reacción de Pucetti. Para ocultar las

inspiraciones profundas del joven, se tapó la boca con la mano como para reprimir, en vano, una risita de admiración.

Ruggieri sonrió de oreja a oreja.

—Supongo que podría habérmela llevado a alguna parte y beneficiármela —admitió, tal vez alentado por el gesto del comisario—, pero no valía la pena. Tenía unas tetas de lujo, pero era una estúpida.

Una hora antes de la cita con el abogado, Brunetti y Pucetti se habían enterado de que la joven había fallecido en el hospital esa misma mañana. La causa directa de su muerte había sido un ataque de asma, pero la presencia de éxtasis en la sangre era un factor agravante. A su lado, Brunetti oyó el chirrido de las patas de la silla de su compañero al rozar el suelo de hormigón de la sala de interrogatorios. Con el rabillo del ojo izquierdo, vio que el joven encogía las piernas para ponerse en pie.

Por miedo a lo que pudiese ocurrir, Brunetti alzó el brazo izquierdo al tiempo que dejaba escapar un gruñido grave. El sonido fue subiendo de intensidad hasta convertirse en un aullido agudo que parecía deberse a un dolor insoportable. Brunetti se levantó con el cuerpo torcido e intentó coger aire sin dejar de emitir el gemido torturado.

Los otros dos lo observaron pasmados, paralizados por la sorpresa. Brunetti giró a la izquierda, se desplomó sobre Pucetti y le golpeó en el hombro con el brazo cuando el joven agente intentaba ponerse en pie.

Tal vez por instinto de supervivencia, Brunetti se agarró al cuello del uniforme de Pucetti y tiró del joven hacia sí. De forma automática, Pucetti apoyó la palma de la mano izquierda en la mesa, estiró el brazo y recibió el peso de su jefe justo cuando le caía encima. Se volvió, ro-

deó con el brazo derecho el pecho del *commissario*, lo sujetó bien y lo bajó al suelo tratando de no ceder al pánico.

—¡Vaya a pedir ayuda! —le gritó a Ruggieri mientras se inclinaba sobre Brunetti y le buscaba el pulso.

Por debajo de la mesa le vio las piernas y los pies: el hombre no se había movido del sitio.

—Pero si no le pasa... —empezó a decir Ruggieri.

Pucetti lo interrumpió a gritos.

—¡Pida ayuda!

Las piernas se movieron. La puerta se abrió y después se cerró.

Pucetti se dirigió a su superior, que estaba tumbado boca arriba con los ojos cerrados, respirando con normalidad.

—*Commissario. Commissario*, ¿me oye? ¿Qué sucede? ¿Qué le ha ocurrido?

Brunetti abrió los ojos de golpe y lo miró.

—¿Está bien, *commissario*? —preguntó el agente, tratando con mucho esfuerzo de mantener la calma.

Con voz del todo normal, como si estuviera abogando por el uso correcto de los procedimientos, Brunetti le preguntó:

—¿Eres consciente de lo que habría supuesto para tu carrera si le hubieses atacado?